

Agust. En hora buena; pero cumplado usted lejos de mí.

Isab. ¡Ah, señor! ¿No quiere usted concederme la única gracia que le he pedido?

Agust. No te canses; lo que es tenerla en mi casa, aunque se empeñe el mundo entero...

Nic. (No hay remedio. ¡Troné!)

Agust. Sin embargo, en consideracion á sus largos servicios..., buenos ó malos; y á que intercedes tú por ella, la jubilo con cinco reales diarios.

Nic. (Del mal el menos.)

Agust. Pero que se los coma lejos de aquí con su Jesualdo ó su demonio. Ya no necesito ama de gobierno.

Nic. Pues; lo será Isabelita...

Agust. No, señora.

Nic. Pues ¿por qué...?

Agust. Por que me caso.

ESCENA XIII.

DON AGUSTIN, NICANORA, ISABEL,
DON JUAN, AMPARO.

Nic. ¡Ah! ¡Ya! (Señalando á Amparo.) Esa señora será la novia.

Agust. Cierto.

Nic. (La vecina me ha vengado. ¿No dije?...) Celebro...

Agust. Y este caballero es el novio.

Nic. ¿Caballero? ¡El...! ¿Cómo...?

Agust. Es el capitán de ayer...

Nic. ¡Calle!... Con que... Pues... ¿y usted?

Agust. Yo soy el otro novio. Son dos las bodas.

Nic. Basta. Comprendo... (¡Sucumbo!)

Agust. Y si la bella y virtuosa Isabel, que ya me ha dado poderes para disponer de su mano...

Isab. ¡Señor!...

Agust. No desdeña la mía...

Nic. (¡Perezco!)

Isab. ¡Señor! ¿Puedo yo merecer tanta honra..., (Bajando los ojos) tanta felicidad?

Agust. ¿No has de merecer, ángel mio? Yo soy el que dudo ser digno de tu corazón y de tu mano.

Isab. El corazón... ya era de usted; la mano... aquí está.

Agust. (Abrazándola.) ¡Hechicera!

Nic. (¡Mal provecho te haga!)

Agust. Amigos míos, sean ustedes mis huéspedes hasta que se celebren en esta quinta las dos bodas.

Juan. Con mucho gusto.

Amp. (Abrazando á Isabel.) ¡Isabel! ¡Cuánto me alegro...!

Agust. Y pues hoy es día de gracias, permito á Nica...; á doña Nicanora que disfrute de la fiesta...

Nic. De ningún modo. Prefiero entrar desde ahora en el goce de mi jubilación. Yo ya estoy aquí de más. Enviaré por los cofres...

Agust. Como usted quiera.

Nic. (¡La fiesta! ¡Para mí sería un suplicio!) ¡Abur!... (¡Voy trinando, rechinando, rabiando!)

ESCENA ULTIMA.

DON AGUSTIN, ISABEL, AMPARO,
DON JUAN.

Agust. Tomemos ahora algun refrigerio y brindemos á nuestra próxima ventura...
Juan. ¡Y á la libertad y la independencia de la patria!

Agust. A la de la patria, sí; pero á la mía..., renuncio generosamente. Creí gozarla muy completa, y he sido el juguete de todo el mundo. ¡La independencia!... Por librarme de Jesualdos y Nicanoras iría á buscarla en los desiertos...; pero tú, niña hermosa, tú me reconcillas con la sociedad.

¡CUIDADO CON LAS AMIGAS!

COMEDIA EN TRES ACTOS,

ESTRENADA EN EL TEATRO DEL PRÍNCIPE EL DÍA 23 DE SETIEMBRE DE 1844.

PERSONAS.

LA CONDESA.
RUFINA.
IRENE.
EL CONDE.
DON NAZARIO.

DON ALEJO.
DON MARTIN.
UN CRIADO.
MASCARAS.
MOZOS DE CAFÉ.

La escena es en Madrid.

ACTO PRIMERO.

Sala de descanso en un baile público de máscaras, con puerta á la derecha de los actores, que es la del tocador, y otra á la izquierda, que conduce al ambigü: ambas con los rótulos correspondientes. El foro deja ver un pasillo, que por la derecha guía á la puerta de la escalera, y por la izquierda á los salones donde se baila. Al levantarse el telón, algunas máscaras atraviesan el pasillo de derecha á izquierda; otras, viniendo en direccion opuesta, pasan desde el foro al proscenio y desaparecen bulliciosas por la puerta de la izquierda. Detrás de las últimas llegan y se sientan la condesa y Rufina. La primera lleva dominó encarnado con capucha: la segunda está vestida á la chinesca, y ambas con careta. La música toca dentro, á lo lejos, rigodon.

ESCENA PRIMERA.

LA CONDESA, RUFINA.

Cond. Rufina, estoy sofocada,
Aburrida, harta de baile...

Ruf. ¡Ahora que se va animando Y promete ser brillante!...
Cond. Pero ¡si no me divierto!
¡Si, al contrario, mis pesares Se aumentan...! ¡Y hace un calor!... Yo quisiera retirarme.

Ruf. ¡Eso es! ¡Volverte á encerrar Antes que los gallos canten En tu caseron sombrío Que tiene honores de cárcel!
No en el lecho solitario Esperes que el sueño embargue Tus tristes ojos. Sus dones Niega Morfeo implacable A la jóven infeliz Que, empeñando en los altares Su libertad y su fe, Sola y desamada yace Sin parabienes de esposa Y sin delicias de madre. Necia serás, cara amiga, Si jóven, hermosa, amable, ... Y condesa, que hasta el título Es circunstancia agravante,

Te resignas á vivir
En soledad perdurable.
¿Y por qué? Porque un marido
Veleidoso, botarate,
Te desdena, te abandona...
Y porque sufras y calles
Y en un rincón te consumas,
¿Se corregirá? ¿Qué diantre!...
Diviértete, ríe, baila,
Sé coqueta, sin ser frágil.
Solo así será posible
Que del letargo le saques.
Hay marido tan idiota
Que no sabrá lo que vale
Su mujer mientras no vea
En torno de ella un enjambre
De moscardones que le hagan
Rabiar de celos aparte.

Cond. Celos suponen amor,
Y el conde no me ama. En grave
Compromiso he puesto ya
Mi opinión, y semejantes
Ardises, sobre arriesgados,
Repugnan á mi carácter.
¡Engañar á mi marido...!

Ruf. Mientras la ley no quebrantes
Del honor, y Dios me libre
De consejo tan culpable,
Ese engaño entra en el número
De los pecados veniales.
Algun día el mismo conde
Lo agradecerá, pues nace
Del tierno amor que te inspira,
Aunque tan mal te lo pague.
El engañado no es él
En rigor, sino tu amante;
Ese pobre don Nazario,
Que en tus negros ojos arde
Aun sin ver el cielo hermoso
De que son astros radiantes.

Cond. Yo no quisiera engañar
Ni á mi marido ni á nadie.
Ya, por seguir los consejos
De usted, demasiado fácil,
En otros bailes de máscaras
Escuché sin enojarme
Sus lisonjas, y tal vez
Mi boca, animada al fraude
Con la careta, soltó
Alguna imprudente frase
Que hará formar á ese jóven
Mil castillos en el aire.

Ruf. Y no olvidés que anteayer
Le prometiste mostrarle
Ese peregrino rostro
Sin eclipses ni celajes.

Cond. No lo haré. Estoy pesarosa...
Pudiera tener fatales

Resultas mi complacencia.
Si el conde lo sospechase...
Si viene al baile y me ve...
Ruf. ¿Qué ha de venir? Él no sale
De sus guaridas... Y dado
Que venga y aquí te halle,
¿Con qué ley, con qué derecho
Se atrevería á culparte?
¿Acaso su señoría
Se ha impuesto vida de fraile
Recoleta? Él se divierte
Y triunfa y goza...

Cond. No obstante...

Ruf. Entre marido y mujer
Los derechos son iguales.
¿Eres acaso su esclava?
¿Estás en Madrid, ó en Tánger?

Cond. Mas venir sin su permiso...

Ruf. ¿Cómo pedirselo si hace
Veinte días que no ves
Aquel gesto de vinagre?
Se retira con el alba...
Si no duerme en otra parte;
Y hay diez puertas de por medio
Desde tu alcoba á su catre;
Come en el Casino, cena...
Dónde y con quién; Dios lo sabe!
¿Y aun gastas contemplaciones
Con un hombre tan infame?
Otra en tu lugar...

Cond. Primero

La luz del cielo me falte
Que yo olvide mis deberes.

Ruf. Pero... (Yo haré que resbales.)
En quitarte la careta
No veo un crimen tan grande.—
Y además, en mi concepto,
Es ya excusado que guardes
El incógnito.

Cond. ¿Por qué?

Ruf. Porque ya sabrá la calle
Y la casa donde vives
Don Nazario.

Cond. ¡Dios me salve!

(Levantándose.)

¿Le ha dicho usted...?

Ruf. No por cierto;

(Levantándose.)

Pero en la noche del martes
Nos siguió... No faltará
Quien en tu casa le instale...

Cond. ¡Ah! no le recibiré.

Ruf. Entonces son nuestros planes
Inútiles. Si tu esposo
No ve un galán que le alarme...

Cond. ¿Qué adelantamos con eso?
Que haya entre los dos un lance...

ESCENA II.

RUFINA, DON ALEJO.

Alejo. Me alegro de hallarte. ¿Y dónde...?
(Sin disfraz.)

¿Qué has hecho de la condesa?

Ruf. Allí.

(Mostrando la puerta del tocador.)

¿Qué hay?

Alejo. ¡Una futesa!

Acabo de ver al conde.

Ruf. ¿Aquí? ¿En el baile?

Alejo. Sí. Aprisa,

Dila... Temo una refriega

Conyugal, un... No me llega

A las carnes la camisa.

Ruf. ¿Viene furioso?

Alejo. Al contrario.

Le he visto en el ambigü...

Ruf. ¿Con quién?

Alejo. ¿Lo creerías tú?

Con el mismo don Nazario.

Ruf. Su oculto rival. ¡Divino!

Alejo. ¡Lo aplaudes!

Ruf. ¡Chit!... No alborotes.

Alejo. ¡Gran Dios!... Se han hecho ami-
gotes

Esta tarde en el Casino.

Ruf. ¿Cierto?

Alejo. ¡Ay mal aconsejado

Marido! ¡Hará buen papel

El pobre!

Ruf. ¿Por qué?

Alejo. ¡Ay de aquel

Que nace... predestinado!

Ruf. Tal suerte no te depara

El cielo. Tu garantía

Es mi virtud.

Alejo. Sí, alma mía.

(¡Y lo horrendo de tu cara!)

Si el marido y la mujer

Se encuentran, ¡pobre señora!

Ruf. ¿Sabe que está aquí?

Alejo. Lo ignora,

Mas la puede conocer.

Ruf. No creas...

Alejo. La noche es larga.

Alguna imprudencia harán

O la dama ó el galán.

Yo temo... El diablo las carga.

¡Válgame Cornelio Agripa!...

Ruf. ¡Bá!

Alejo. No habrá quien le apacigüe...

Ruf. ¿Qué mal hay en que averigüe

Que su mujer se emancipa?

Alejo. ¡Ahí es un grano de trigo!...

Alejo. ¿Y el conde?
Naz. Ahí queda en el ambigú
 Embromando á una beata.
Alejo. (¡Es mucha beatitud
 La suya!)
Naz. Yo estoy penando
 Por no haber hallado aún
 A mi incógnita belleza.
Alejo. ¡Belleza! ¿La has visto tú
 La cara?
Naz. No, pero un ángel
 Debe de ser; el *non plus...*
Alejo. Quien de máscaras se fia
 Puede jugar un albur
 Peligroso. (Si pudiera
 Disuadirle...)
Naz. Eso es segun.
 Hay indicios que no mienten.
 Su voz, su cabello, su...
Alejo. ¡Nazario!
Naz. Su lindo pié,
 La viveza no comun
 De sus ojos; todo anuncia
 Gentileza y juventud.
Alejo. Con todo eso puede ser
 La imagen de Belcebú.
Naz. Aunque resultase feo
 Su rostro dándole á luz,
 En su gracia peregrina
 No hay careta de tisú,
 Y esto me basta. — Además,
 Su compañera...
Alejo. (¡Y mi cruz!)
Naz. Me ha dicho: no la hay mas bella
 Desde Cádiz hasta Irun.
Alejo. Su amiga puede mentir.
 Ello es que el lindo querub
 Se obstina en guardar su incógnito,
 Con verosimilitud
 De que teme que al mirarla
 Te alejes diciendo ¡Puf!
Naz. No; que me tiene jurado
 Por el firmamento azul
 Satisfacer esta noche
 Mi amante solicitud
 Apartando de su rostro
 El tenebroso capuz.
Alejo. (Tocaremos otra tecla.)
 ¿La amas? ¡Válgame Jesus!...
 ¿Y por una enmascarada
 Llorará tu ingratitud
 La otra pobre...? Si lo sabe
 La va á dar un patatús.
Naz. ¿Cómo!... ¿Quién te ha dicho...?
Alejo. Todo
 Se sabe. Ni Mahamud
 Hiciera otro tanto. ¿Juegas
 Con dos barajas, tahir?

Sí; en la tierra que produce
 La chufa y el altramuz
 Tienes una novia...
Naz. Cierto,
 Y al fondo del ataúd
 Llevaré el tierno cariño
 Que me inspira.
Alejo. ¡Hem!... No hay tus, tus.
Naz. Mas ¿qué quieres? Uno es jóven,
 Y entre tanta multitud
 De objetos... Era preciso
 Dejarse uno en el baul
 Los sentidos... Mi pareja
 Tiene un no sé qué... , una... , un...
Alejo. La conciencia no te deja
 Hablar con exactitud.
Naz. Me han cogido entre sus redes
 Las dos...
Alejo. Sí; como á un atun.
Naz. Estoy citado; me espera:
 Y si ahora digo no hay mus,
 Dirá que soy un villano,
 Un idiota, un avestruz. —
 ¿Dónde está? Tú la habrás visto...
Alejo. Allí está.
 (Mostrando el tocador.)
Naz. Vuelo...
Alejo. ¡Quietud!
 Espérala. — Y te prevengo
 Que, si no miente el run, run,
 Hay...
Naz. ¿Qué?
Alejo. Moros en la costa.
Naz. ¡Moros! ¿Quién...?
Alejo. ¡Guarda el testuz!
 Aquí al marido nos trajo
 No sé qué viento del sur
 O del norte...
Naz. ¡Oiga! ¡El marido...!
Alejo. ¿Le conoces?
Naz. Yo no; ¿y tú?
Alejo. De vista. (Salvarle espero,
 Si el cielo me da salud,
 Sin nombrarle.) ¡Ojo avizor!
 Si bailando un padedú,
 O en dulce amorosa plática
 Y en voluptuosa actitud
 Os sorprende, estrepitoso
 Tronará como un obus.
Naz. Ya estaremos con cuidado...
Alejo. Yo no obro con rectitud.
 Siendo del gremio, con él
 Debo haecer causa comun;
 No contigo. ¡Así va el mundo
 Aquí, en París y en Corfú!
Naz. Muchas gracias... A propósito,
 No me has presentado aún

A tu mujer.
Alejo. ¿Presentártela?
 ¡Eso quisieras, gandul!
Naz. ¿Es bonita?
Alejo. Pasadera...
 (Para hacer á un niño el bú.)
Naz. ¿Ha venido el baile?
Alejo. No.
 Lo reprueba su virtud.
Naz. Iré á ponerme á sus piés.
 ¿Dónde vives?
Alejo. Lejos... (¡Hum!
 ¿Quién presenta aquella cara...?)
Naz. No creas...
Alejo. Ya sale... Abur.
 (Vase por la puerta de la izquierda.)

ESCENA V.

LA CONDESA, RUFINA, DON NAZARIO.

Ruf. ¡Mirale! ¿No te lo he dicho?
 (Aparte con la condesa.)
 Allí está tu don Nazario.
 Lo ofrecido es necesario
 Que se cumpla.
Cond. ¡Qué capricho!...
 Tiemblo...
Ruf. ¿Por qué? Me consumes...
Naz. ¡Gracias á Dios que te vi!
 (Acercándose.)
 Ya no vivía sin tí.
Cond. No soy yo la que presumes.
 (Con voz fingida.)
Naz. No me lo niegues falaz.
Ruf. (¡Bueno! Si Alejo previno
 (Apartándose un poco.)
 Al conde...)
Naz. Yo te adivino
 Al través de tu disfraz.
 Muéstrame tu cara... ¿Quieres
 Que te lo ruegue de hinojos?
Cond. ¡No!
Naz. O guarda también los ojos
 Con que el corazón me hieres.
Cond. ¿Sí? Pues adios...
Naz. ¡No te apartes!
 Tu voz...
Cond. La finjo. No soy...
Naz. Lo mismo la finges hoy
 Que la fingias el martes.
Ruf. (Mas quizá á mover un cisma
 Mi marido no se atreva.)
Cond. Es engañosa esa prueba.
Naz. ¡Si digo que eres la misma!

Cond. ¿Quién te lo ha dicho?
Naz. Mi fe.
Ruf. (Mejor es... Si; me resuelvo...)
 Adios...
 (A la condesa fingiendo otra voz.)
Cond. Mira...
Ruf. Pronto vuelvo.
 (Yo misma se lo diré.)
 (Vase por la izquierda del foro.)

ESCENA VI.

LA CONDESA, DON NAZARIO.

Cond. ¡Oye!
 (Queriendo seguir á Rufina.)
Naz. ¡No! ¡Dejarme alpiste!...
 (La detiene asiéndola de una mano.)
 Fia en mí. Soy caballero.
Cond. Suelta...
Naz. Cúmpleme primero
 La palabra que me diste.
Cond. ¿La palabra que te di?
 ¡Mentira!
Naz. ¡Oh! no me destroees
 El alma...
Cond. Ni me conoces
 Ni yo te conozco á tí.
Naz. A mi vista no se escapa
 Tu talle, aunque tú lo niegues
 Y aunque lo occultan los pliegues
 Del dominó que lo tapa.
 En el mas ligero esguince
 Veo tu garbo y tu brio,
 Que los amantes, bien mio,
 Tenemos ojos de linces.
 Y si esta virtud me apropio,
 Harto lo demuestro...
Cond. ¿En qué?
Naz. En que para ver tu pié
 No he menester microscopio.
 ¿Y qué nariz equivoca,
 Donde no hay clavel ó nardo,
 Con otro aliento bastardo
 El aroma de tu boca?
Cond. Ja, ja... ¡Olfato singular!
 (Riéndose.)
Naz. No te rias de mi frase.
 Aunque ciego me quedase —
 ¿Y qué mas ciego he de estar? —
 Diría yo sin preámbulo,
 Estando tú en el recinto,
 ¡Vedla aquí!...
Cond. Ya; por instinto...
Naz. Por... ¿Qué sé yo?...

Cond. ¿Eres somnábulo?
 Naz. No sé. A tal extremo llega
 Mi amor...
 Cond. ¡Terrible enemigo
 Para quien juegue contigo
 A la gallinita ciega!
 Naz. En fin, pues te he conocido,
 Justo es que pagues mi afán.
 Damas como tú no dan
 Sus promesas al olvido.
 Cond. Repito que no soy yo...
 Naz. Tú me ofreciste, ¡inhumana...!
 Cond. Promesas de una serrana
 No obligan á un dominó.
 Naz. ¡Ah! ¡Ya has caído una vez
 En el lazo!
 Cond. ¡Qué imprudencia!
 Yo...
 Naz. ¡Poder de la conciencia!...
 Por la boca muere el pez.
 Cond. Bien; sí; yo soy...
 Naz. Pues avara
 No el bien que el alma desea
 Niegues...
 Cond. No puedo... Adios...
 Naz. Ea,
 Muéstrame tu linda cara.
 Cond. Por no asustarte la escondo.
 Naz. Excusas...
 Cond. No tal.
 Naz. Pamemas...
 Fíate de mí. No temas...
 Del siglo te respondo.
 Cond. Ahora no...
 Naz. Extraño recelo...
 Cond. Otro día si me encuentras...
 Naz. No; ya no te suelto mientras
 No me amanezca tu cielo.
 Cond. (No porque el rostro me vea
 Falto al pudor y á la fe...)
 Naz. ¡Vaya!
 Cond. (Y si nunca lo ve...)
 Naz. ¡Vamos!
 Cond. (Me tendrá por fea.)
 Naz. ¿Merece tanto desden
 Mi tierno y rendido amor?
 Cond. (Poco vale este favor,
 Y él lo ha ganado muy bien.)
 Luego...
 (Muestra algunas máscaras que pasean
 por la escena.)
 Esa gente molesta...
 (Rompe dentro la orquesta tocando vals,
 y las máscaras desaparecen por el foro.)
 También ellos me verán...
 Naz. ¿Ves? Tras la música van.
 ¡Bendita sea la orquesta!

Cond. ¿Y si otros, mientras me quito
 La careta...?
 Naz. ¡Hum!... (Ya da enfado
 Tanto dengue.) No hay cuidado.
 Mira: en aquel rinconcito...
 Cond. ¿Rincon? ¡No! Aquí...
 Naz. ¡Bien! Te agarras
 A un pelo...
 Cond. ¡Es mucha porfia!...
 Naz. (¡Si ahora me sale una arpia
 Como la viuda de marras!...)
 Cond. Míreme usted.
 (Quitándose la careta.)
 Naz. ¡Qué facciones!
 ¡Qué peregrina hermosura!
 Cond. ¡Basta!
 Naz. Otro poco... ¡Oh ventura!
 Cond. ¡Silencio!
 (Volviéndose á poner la careta.)
 Naz. ¡Oh! ¿Ya te la pones?
 Cond. Sí; y con esto no me obligo
 A nada. Entiéndalo así
 Don Nazario. Para mí
 Solo es usted... un amigo.
 Naz. Aun ese es un don inmenso
 Para lo poco que valgo.
 (Fuerza es empezar por algo.
 Espero tener ascenso.)
 Cond. No vuelve mi compañera...
 Naz. Busquémola en el salón.
 Cond. Sí... (Quien quita la ocasion...)
 Allí, sin duda, me espera.
 Naz. Y si, á título de amigo,
 Puedo aspirar á que des
 Con esos divinos piés
 Dos vueltas de vals conmigo...
 Cond. Muchas gracias. No sé...
 Naz. Es falso. —
 Perdona.
 Cond. (No es culpa grave...)
 Naz. ¡Decirme á mí que no sabe...!
 Cond. (¡Hace un siglo que no valso!)
 Naz. Vamos; no digas que no...
 Cond. Daré dos vueltas, no mas;
 (Tomando el brazo que la ofrece don
 Nazario.)
 Pero si pierdo el compás...
 Naz. No tal. (Tras de eso ando yo.)
 (Al desaparecer por la izquierda del foro
 la condesa y don Nazario, lo atraviesan
 varias máscaras que vienen de la calle,
 y detrás de ellas entran en la escena don
 Martín é Irene; aquel vestido de moro
 y esta con un dominó igual en hechura
 y color al de la condesa.)

ESCENA VII.

IRENE, DON MARTIN.

Mart. Aquí podemos estar,
 Niña, con mas desahogo
 Mientras bailan.

Irene. Sí; entre tanto,
 Pues según lo muestra el rótulo
 Aquel es el tocador.
 Entro en él y me compongo...

Mart. Vaya que es capricho raro
 El traerme á este jolgorio
 Cuando, después de viajar
 Tres días en un incómodo
 Carruaje y por un camino
 Lleno de baches y lodo,
 Tender la molida raspa
 Sería mas á propósito.

Irene. Tiempo hay para descansar.
 Nos retiraremos pronto. —
 Resuelto ya nuestro viaje
 A Madrid...

Mart. ¡Por un antojo
 De la señorita!... Soy
 Un padrazo como hay pocos.

Irene. Sin prevenírselo á nadie
 Hace usted de su birlocho
 Secular silla de posta;
 A título de que somos
 Sus amigos y paisanos,
 A las once menos ocho
 Nos apeamos en casa
 De doña Rufina, y como
 Aquella buena señora
 No contaba con nosotros,
 Se habia venido al baile.
 Por los criados me informo
 De dónde está y averiguo
 Que su traje es chino; el oro
 Nos proporciona billetes;
 En el contiguo depósito
 De disfraces se arma usted
 Con su vestido de moro,
 Yo con este dominó,
 Y así, guardando el incógnito,
 La podemos embromar
 De lo lindo.

Mart. Mucho tomo
 Es ella ya para bailes.

Irene. ¿Por qué? Deje usted que todos
 Se diviertan.

Mart. La aconsejo
 Que no se descubra el rostro,
 Porque el galán que lo vea
 Pensará ver al demonio. —
 ¡Oyes! ¿Si estará tambien

En esta funcion tu novio
 Don Nazario?

Irene. Si le encuentro
 Será completo mi gozo...
 Y tendré con quien bailar.

Mart. ¿No mirarás con enojo
 Que baile cuando te juzga
 Ausente...?

Irene. Ni por asomo.
 Por quererme á mí no es justo
 Que como otro san Jerónimo
 Se vaya á hacer penitencia
 A algun desierto remoto.
 Romperá la cuerda un día
 Si ahora se le ata muy corto.
 Me ama, y mientras no veamos
 Una prueba, un testimonio
 De lo contrario...

Mart. ¡Una prueba!...
 ¿Qué hace desde el mes de agosto
 En Madrid? Fallado el pleito
 En su favor, ¿qué negocios
 Le detienen en la córte?

Irene. Tiene que enterarse á fondo
 De las fincas, tomar cuentas...

Mart. Eso lo hace un mayordomo. —

En fin, ya que, demasiado
 Complaciente y bondadoso,
 Me encuentro por darte gusto
 En esta jaula de locos,
 A favor de mi disfraz
 Quiero espiar á ese mozo,
 Si aquí le hallo sin careta
 O con ella le conozco,
 Y entre tanto te prohibo
 Que le hables, ó no hay consorcio.

Irene. Bien está; no le hablaré.
 (Si le veo, no respondo...)
 Voy ahora al tocador.
 Espéreme usted un poco.

ESCENA VIII.

DON MARTIN.

Anda con Dios. (Se pasea.)
 ¡Pobre Irene!

Está perdida por él.
 El muchacho era un alhaja;
 Eso sí, pero tal vez
 Se ha pervertido en Madrid.
 Veremos... Me informaré...

ESCENA IX.

DON MARTIN, RUFINA.

Ruf. (No le he visto en los salones...)
 Mart. ¿Qué veo? Aquella mujer...
 Ruf. (Acaso en el ambigü...)
 Mart. (Traje chinesco. ¡ Ella es !)
 Ruf. (Voy... Le diré... No; mejor
 Es escribirle un papel...)
 (Se sienta á un extremo del teatro, saca
 un librito de memorias y escribe en él
 con lápiz.)
 Mart. (Cavilosa está... Se sienta...
 Ahora saca no sé qué
 Del pecho... Escribe... ¿Qué es esto? —
 Yo voy á darla cordel...
 Acaso alguna aventura
 Amorosa... ¡ A la vejez
 Viruelas !) (Se acerca.)
 Máscara china,
 A pesar de ese oropel,
 Te conozco.
 Ruf. (¡ Ahora este necio. .!)
 ¿ De qué me has de conocer?
 Nada tengo de comun
 Con moros de ese jaez.
 Mart. Permíteme que me siente
 A tu lado y te diré...
 (Se sienta don Martin al lado de doña Ru-
 fina, quedando de espaldas al tocador.)
 Ruf. No tengo gana de bromas.
 Vete. ¡ Es mucha pesadez !...
 (Prosigue escribiendo y para ello da la
 espalda á don Martin.)
 Mart. Mira : tú eres valenciana
 Y te llamas...
 Ruf. (Acabé.
 Quito la hoja...)
 (Lo hace y guarda el librito.)
 Mart. ¿ No me oyes ?
 Ruf. Me harías mucha merced
 (Volviéndose de cara á don Martin.)
 En irte de aquí, agareno.
 Mart. Te llamas Rufina...
 Ruf. ¿ Qué ?
 (Con curiosidad.)
 Mart. Rufina.
 Ruf. Mas tú ¿ quién eres ?
 Mart. ¿ Yo ? Un moro... Ali-Ben-Yucef.
 (Siguen hablando en voz baja.)

ESCENA X.

RUFINA, DON MARTIN, IRENE.

(Cesa la música; vuelven á circular parejas
en todas direcciones.)

Irene. (Vamos ahora al salon...
 Mas no veo... ¿ Adónde fué
 Mi papá... ? ¡ Calle ! En coloquio
 Con una máscara... ¿ Quién... ?
 ¡ Ah ! una china... Es mi paisana.
 (Se sienta junto á la puerta del tocador.)
 Sentada aquí me estaré
 Mientras la embroma papá.
 Yo la embromaré después.)
 Ruf. (¡ Diantre de morazo ! Él sabe
 Toda mi historia de pe
 A pa.)
 Mart. Tu primer esposo
 Murió el año veintiseis...
 (Siguen hablando en voz baja.)

ESCENA XI.

RUFINA, DON MARTIN, IRENE,
DON NAZARIO.

(Llega don Nazario por el foro.)

Naz. (¿ En dónde se habrá metido ?
 A las dos vueltas ó tres
 De vals me dejó plantado
 Y no ha vuelto á parecer. —
 ¡ Oh dicha ! Allí está...)

(Se acerca á Irene.)

¡ Bien mio !

Irene. ¿ Quién me habla ?

(Le reconoce.)

¡ Ah ! ¡ Nazario ! ¡ Pues !

Ya la hicimos. ¿ Cómo sabes

Que hoy... ?

Naz. Sí, sí; todo lo sé

Y mi sorpresa...
 Irene. Mas bajo.Puede oírte...
 Naz. ¿ Dónde... ?Irene. Aquel...
 (Mostrando á su padre.)

Naz. Sí; el moro... (Bien dijo el otro

Que había...)
 Irene. ¡ Ay Dios ! Si nos ve...
 Naz. (Moros en la costa.) ¿ Dónde

Nos volveremos á ver ?

(Irene le contesta en voz baja.)

Ruf. (Allí están dama y cortejo.
 Mejor conyuntura...)

Naz. Bien.

Ruf. ¡ Basta !

(Levantándose, y tambien don Martin.)

(Un grupo de máscaras se interpone á las
dos parejas consabidas.)

Irene. En casa de mi amiga.

Naz. Si; aquella.

(Señalando al sitio donde está Rufina.)
 ¿ Número ?

Irene. Diez.

Pero, por Dios, vete ya.

Me vas á comprometer.

Naz. Sí, sí; ¡ adios !... Hasta mañana.

Irene. ¡ Adios !

Naz. (¡ Oh dicha ! Triunfé.)
 (Vase por el foro.)

ESCENA XII.

RUFINA, DON MARTIN, IRENE.

Ruf. Vete ya. Ni te conozco
 Ni te quiero conocer.
 (¡ Hum... ! Me ha sofocado este hombre.
 Maldígale Dios, amen.)

(Entra en el ambigü.)

ESCENA XIII.

DON MARTIN, IRENE.

Mart. (Ja, ja... ¡ La buena señora !...)

Irene. (Soy venturosa. ¡ Me es fiel !)

Mas ¿ por donde habrá sabido... ?)

Mart. ¡ Ah, estabas aquí !...
 (Acercándose á Irene, que se levanta al
 verle.)Ven, ven...
 (Da el brazo á Irene.)

He tenido muy buen rato.

Irene. ¿ No le ha conocido á usted ?

Mart. No. Como ella no tenía

Antecedente... Ya ves...
 Irene. Mas ¿ dónde está ?

Mart. Por allí

Se ha ido hecha un Lucifer.

Vamos, vamos al salon

Y andando te contaré...
 Ya volveremos á verla,

Y luego que tú tambien

Te solaces embromándola,

Nos damos á conocer.

(Al irse por el foro don Martin é Irene entre
otras máscaras, asoma por la puerta del
ambigü don Alejo.)

ESCENA XIV.

DON ALEJO.

Rufina... ¡ Apenas resuello !
 Quiera Dios que no se enreden
 Los hilos y... Estoy que pueden
 Ahogarme con un cabello.
 Esa bruja fermentida
 Ha dado cierto papel
 A un mozo... Sin duda en él
 La delacion consabida...
 Y yo he visto sin ser visto
 Que, mientras ella se esconde,
 Dicho mozo entrega al conde
 Dicho papel... ¡ Jesucristo !
 ¿ Qué haré yo ? ¿ Dónde hallaría
 A aquella pobre mujer... ?
 Busquémosla. Es menester...
 (Viene por el foro la condesa.)
 ¡ Oh ! aquí está. Dios me la envía.

ESCENA XV.

LA CONDESA, DON ALEJO.

Cond. (No encuentro á Rufina...)
 Alejo. ¡ Alerta,
 Alerta ! El conde ha venido
 Al baile.
 Cond. ¡ Oh Dios ! ¡ Mi marido !
 Alejo. (¿ Si saldrá por esa puerta ?)
 (Mira con zozobra hácia el ambigü.)
 Para no dar en la red
 Huya usted... El riesgo es grave.
 Cond. ¿ Sabe que yo estoy... ?
 Alejo. Sí; y sabe
 El disfraz que lleva usted.
 Cond. ¡ Ah ! quito dos alfileres
 Y mi rojo dominó
 Se vuelve azul...
 (Desprende la capucha, que está forrada
 de azul, y cayendo del revés en forma de
 capuchon queda cubierto con ella el do-
 minó encarnado.)
 Alejo. ¿ Cómo !... ¡ Oh !...
 ¡ Las mujeres, las mujeres !...

Cond. Aun así tengo un temblor...
Hasta mi sombra me espanta.
Alejo. Ya no... — ¡El viene!
(Mirando á la puerta del ambigú.)
Cond. ¡Virgen santa!
Alejo. Venga ese brazo y ¡valor!
(Se dirigen de bracero hácia el foro, y al mismo tiempo llega el conde, sin disfraz, por la puerta del ambigú.)

ESCENA XVI.

LA CONDESA, DON ALEJO, EL CONDE.

Cond. ¡Don Alejo!
Cond. Hácia otro lado
(En voz baja.)
Huyamos...
Alejo. ¡No! (Lo mismo.)
¿Quién me llama?
(Al conde.)
Cond. ¿Ha visto usted á una dama
Con dominó colorado?
Alejo. Sí; moza de mucho brio...
¡Abur! Siga usted la pista...
Yo con mi dulce conquista
Voyme á refrescar.
Cond. (¡Dios mio!)
(Entran en el ambigú.)

ESCENA XVII.

EL CONDE.

¡Voto á briós! Con que mi cara
Consorte se ha dado al mundo?
Con que ¿baila y coquetea
Cuando en la cama la juzgo?
Con que ¿hay galan en campaña
Con quien viene de tapujo?
¡Ojo avizor, conde, que esto
Pasa de castaño oscuro!
Si el anónimo no miente
Y en el baile los descubro,
No lo han de contar por gracia
La pecadora y su cuyo. —
Yo debería en conciencia,
Comó en Madrid lo hacen muchos,
Llevar por Dios ese trago
Con paciencia y disimulo.
Con la pena del talion

Me castiga... y es muy justo.
Si yo voy á picos pardos,
¿No ha de ir ella á picos rubios?
¿Hemos de tener nosotros
Cuando nos abruma el yugo
Matrimonial carta blanca
Para todo, y no hay indulto
Para una frágil mujer...?
Esta es la ley del embudo.
Mas si mi razon la absuelve,
No la perdona mi orgullo;
Pero resignarse un hombre
Como yo á entrar en el número
De los mártires; sufrir
Que de mí se ría el vulgo...
(Vuelven á aparecer grupos y parejas de máscaras que van de un lado á otro.)
No, no; ¡jamás! Mi venganza..

ESCENA XVIII.

EL CONDE, IRENE, DON MARTIN.

Cond. (¡Cielos, ¿qué veo! Aquel bulto
Encarnado... Ella es... ¡La pérdida!...
De bracero con un turco...)
Mart. Iremos al ambigú...
Cond. ¡Hágase allá el mameluco!
(Separando con violencia á Irene del brazo de don Martin.)
Mart. ¿Qué es esto?
Cond. ¡Infiel!
(A Irene.)
Irene. ¡Caballero!
Cond. ¡Traidora!
Irene. Yo...
Mart. ¿Qué ex abrupto
Es este?
Cond. Ya que me agravias,
¡Tuvieras siquiera un gusto
Menos depravado!
Mart. ¿Cómo...?
Irene. Te engañas... ¡Qué hombre tan
brusco!
Yo no soy...
Mart. Esto ya pasa
De burla.
Cond. Yo no me burlo.
Sarraceno, me darás
Satisfaccion, ahora, al punto...
Irene. ¡Un duelo! ¡Triste de mí!
Cond. ¿Con qué derecho...
Irene. ¡Qué susto!
Cond. Llevas del brazo á esa más-
cara?

Mart. ¿Con qué derecho? ¡Qué absurdo
Interrogatorio! Es mia.
Cada cual lleva lo suyo.
Cond. ¿Tuya? Primer en tu sangre...
Irene. ¡Jesus!... Yo muero...
(Dejándose caer en una silla.)
(Se desmaya. Algunas máscaras acuden á socorrerla.)

Mart. ¡Verdugo!...
Cond. ¡Se ha desmayado!
Mart. ¡Ah...! ¡Socorro!
¡Santo Dios! ¿A quién acudo...?
¡Agua! ¡Un médico!
(Entra corriendo en el ambigú. Al mismo tiempo llega Rufina por el foro.)

ESCENA XIX.

RUFINA, EL CONDE, IRENE.

Cond. ¡Fatal
Accidente!
Ruf. (¡El conde...! Un grupo
De máscaras... ¡La condesa...
Accidentada...! ¡Yo triunfo!)
(Se acerca.)
Si no soltais la carátula
No volverá del insulto.
Desatad...
Cond. No es menester...
(Si la conocen es público
Mi deshonor...)
(Una máscara desata la careta de Irene.)
Ruf. Así...
Cond. (¡Cielos!...
¡No es mi mujer!)
Ruf. (¡No es el busto
De la condesa! — ¡Es Irene!
¿Quién diablos aquí la trujo?)
Irene. ¡Ah! (Volviendo en sí.)
Ruf. Respira.
Cond. (¡Y yo también!)
Irene. ¿Dónde estoy...?
Cond. (¡Cómo disculpo
Ahora mi ceguedad...!)
(Algazara y risas en el ambigú.)
Mart. ¡Dejadme! (Dentro.)
Cond. (¡Lindo dibujo!)
(Contemplando á Irene.)
Irene. ¿Y mi papá?
Cond. Señorita...
(¡Es papá!)
Mart. ¡A un lado! (Dentro.)

Irene. ¡Qué escucho!
(Levantándose.)
Es su voz...
(Sale don Martin acosado por una multitud de máscaras que le mortifican con pretexto de acariciarle.)

ESCENA XX.

IRENE, RUFINA, EL CONDE,
DON MARTIN, MASCARAS.

Másc. ¡Al moro! — ¡Al moro!
Mart. ¡Asesinos! ¡Energúmenos!
Irene. ¡Papá!... ¿No hay quien le de-
fienda?
Másc. 1º. ¡Sóbale!
Másc. 2º. ¡Abrazale!
Másc. 3º. ¡Duro!
Cond. ¡Deteneós!
Mart. ¡Voto á cribas!...
Cond. Yo le serviré de escudo,
Y así expiaré el error
Que á ofenderle me condujo.
(Se acerca al grupo que rodea á don Martin.)
Irene. ¡Ah! ¡Doña Ru...!
(Reconociendo á Rufina.)
Ruf. ¡Chito! Luego
(En voz baja, interrumpiéndola.)
Te diré por qué me oculto.
Cond. Máscaras, dejad tranquilo
Al moro, que es un abuso...
Másc. 1º. ¡Si esto es cariño!
Mart. Reniego...
Másc. 2º. ¡Qué gracioso está!
Másc. 3º. ¡Qué chusco!
Cond. ¡Basta! El carnaval es libre.
Dejemos á cada uno
Que á su antojo se disfrace.
¡Pues, cierto que estais muy pulcros
Vosotros! Esa grosera
Intolerancia es anuncio
De vuestra mala crianza.
Másc. 1º. ¿Cómo?
Másc. 2º. ¿Quién...?
(Los demás murmuran como en són de amenaza.)
Cond. Ese murmullo
No me intimida. Aquí estoy,
Si quiere tomar alguno
La demanda, para darle
Satisfaccion como es justo.
Másc. 1º. No hagais caso y obsequiemos

Otra vez á este avechicho.

(*Vuelven á sobar á don Martín.*)

Irene. ¡Por piedad...!

Conde. ¡Atrás, canalla!
(*Sacando una pistola y amenazando con ella.*)

(*Al ver la pistola huyen los del grupo en distintas direcciones.*)

Másc. 3º. ¡Una pistola! (Vase.)

Másc. 2º. ¡Abrenuncio! (Vase.)

Másc. 1º. Se acabó. Usted nos convence...
Abur, y no haya tumulto. (Vase.)

(*Quedan solo en la escena las máscaras inofensivas, aumentándose con otras que entran y salen hasta fin del acto.*)

Irene. ¡Ah, padre!...

Mart. ¡Gracias á Dios
Que en tus brazos me refugio!

Conde. Siempre el villano es cobarde.

(*Guarda la pistola.*)

Mart. Se dispersan como el humo,
Y á usted debo agradecerlo;
Pero ¿qué extraño barrunto
Tuvo usted...?

Conde. Falsos informes...

En medio de este barullo
Es tan fácil confundir
A unos con otros... Yo juro
A usted y á esta señorita
Que tengo un pesar profundo
De haber...

Irene. Todo está olvidado.

Mart. No se hable mas del asunto.

Conde. (¡Qué hermosa!)

Ruf. (¡Mucho la mira!)

Mart. ¡Amigos hasta el sepulcro!

(*Dando la mano al conde y quitándose la careta.*)

Conde. Gracias. Tanto honor me llena
De satisfaccion y orgullo,
Y si esta niña adorable,
A quien he dado un disgusto
Involuntario, no guarda
Rencor contra mí...

Irene. Ninguno.

(*Rufina habla aparte con don Martín.*)

Conde. ¿Querrá usted, si lo permite
Papá, que bailemos juntos
Un rigodon?

Mart. Ella y yo
Tendremos en ello sumo
Placer; mas será otro día.
Ahora lo mas oportuno
Es retirarnos.

Conde. ¡Tan pronto! —

Ruégueme usted... (A Irene.)

Mart. Ni un minuto

Me detengo. Vamos, niña.

Ruf. Luego iré yo.

(*A don Martín aparte.*)

Conde. No murmuro.

Ahora con ofrecer

A ustedes mi coche cumplo

Como debo...

Mart. Es excusado.

Disponemos de un vetusto

Birlocho...

Conde. Iré con ustedes,

Si no les soy importuno,

Hasta el estribo.

Mart. En buen hora.

Conde. El brazo...

Irene. Con mucho gusto.

(*Tomando el del conde.*)

Conde. (¡Es deliciosa!)

Irene. (¡Oh, Nazario!

Mejor tomaría el tuyo.)

Mart. El otro á mí.

(*Dando también el brazo á Irene.*)

¡Adios, chinita!

Ruf. ¡Adios, moro!

Mart. ¡Por san Bruno,

No me interpeles y vuelvan

Los sobos y los columpios!

(*Vanse Irene, el conde y don Martín por la derecha del foro.*)

ESCENA XXI.

RUFINA, MASCARAS.

Ruf. No entró en mis cálculos esa
Charada de dominós...

¡Son tan iguales los dos...!

Creí que era la condesa...

Mas no he dado golpe en vago,

Porque con ese episodio,

Mejor que esperaba, el odio

Que me punza satisfago.

¡Aquí Irene! A tiempo viene

Para un golpe de teatro.

¡Qué madeja entre los cuatro

Si persigue el conde á Irene!

Tan enredados los veo

Que el desenlace — ¡oh placer! —

No puede menos de ser

Favorable á mi deseo.

ESCENA XXII.

RUFINA, DON ALEJO.

Alejo. Tu amiga...

(*Viene por la puerta del ambigü. La música toca dentro rigodon.*)

Ruf. ¡Oh gozo!

Másc. ¡Al salon!

(*Vanse todas las máscaras hácia el salon de baile.*)

Alejo. Te está esperando. La dejo...

Ruf. ¡Qué contenta estoy! — Alejo,

Bailemos un rigodon.

Alejo. (¡Esto me faltaba!) ¡Escucha!

Quiere marcharse; está frita.

Sabe...

Ruf. ¡Rigodon!

(*Cogiéndole del brazo.*)

Alejo. (¡Maldita!...)

Ruf. ¡Bailaría hoy la cachucha!

Alejo. (¡Bailar con este morcón!...

De su gozo...)

Ruf. ¡Vamos, chico!

Alejo. (Nada bueno pronostico.)

Ruf. ¡Rigo...!

Alejo. Pero...

Ruf. ¡Rigodon!

(*Se lo lleva á remolque.*)

ESCENA PRIMERA.

EL CONDE, DON NAZARIO.

Conde. Aquí donde no nos cansa

La algarabía y la bulla

De los salones de arriba,

Ni nos aturde la música,

Ni nos pisa un aturdido,

O un borracho nos insulta,

O nos estafa un parásito,

O nos engaña una bruja,

Podemos, amigo mio,

En santa paz y con mutua

Confianza referir

Las galantes aventuras

De esta noche.

Naz. Ya dudaba

Entre aquella turbamulta

Hallar á usted.

Conde. Es encuentro

En que yo he tenido suma

Satisfaccion.

Naz. (Ya mi bella

Se ha retirado, sin duda.)

Conde. Apenas nos conocemos,

Y, sin embargo, una oculta

Simpatia...

Naz. Cierto; hay hombres

Que desde luego nos gustan,

Así como otros...

Conde. Yo espero

Que eterna amistad nos una.

Naz. En la de usted, señor conde,

Desde hoy mi gloria se funda.

(Si en efecto su marido

Se apareció, ave nocturna,

Por no ser de él conocida

Habrá apelado á la fuga.)

(*Un mozo trae dos vasos de ponche, los deja sobre la mesa y se retira.*)

Conde. Ya está aquí el alegre ponche

Que los pesares conjura,

Y las distancias abrevia,

Y los cumplidos excusa.

Bebamos mientras las salas

Del ambigü desocupa

Aquel famélico enjambre.

Naz. Hoy la concurrencia es mucha,

Y si no andamos muy listos

Nos quedamos sin ninguna

Provision.

Conde. Descuide usted.

Adelanté la pecunia

Al cocinero, y nos guarda

Un papiollo con trufas,

ACTO SEGUNDO.

Sala de un café en el piso bajo de la misma casa donde se supone que tiene lugar el baile de máscaras enlazado con la acción del acto primero y continuado en este. A la derecha del actor estará la puerta que da á la calle: á un lado y otro sillas y mesas: el foro da paso á otra pieza que deja ver la escalera interior que sirve de comunicacion á las salas de arriba: en dicha pieza habrá las sillas y mesas que permita el terreno, ocupadas alternativamente por varias máscaras que bajan del baile y refrescan, ó pasean; ó forman corrillos, etc., sin impedir que oiga el público á los actores, y se retiran luego por la misma escalera: algunas podrán quedarse dormidas sin temor de perjudicar al efecto escénico. A los golpes que de cuando en cuando sonarán sobre las mesas, acudirán con bebidas los mozos, apareciendo por la izquierda del foro, á cuyo lado se entiende que está el mostrador. Al levantarse el telon están sentados á una de las mesas de la sala mas inmediata al público el conde y don Nazario.